

CRIANZA CON AMOR

Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él. Proverbios 22:6

Guía para tratar a su hijo como persona

Texto adaptado de mi cofre de tesoros

Por Leonardo Keene

La relación entre padres e hijos es una transferencia de vida. Es un intercambio de conocimiento, sabiduría, experiencia, actitudes, emociones, conducta y metas de los padres a los hijos. Esta transferencia tiene consecuencias, lo cual a veces los padres olvidan.

Por ejemplo, un padre está clavando; el martillo resbala y golpea su dedo. De su boca sale una explosión de ira y maldiciones. Su hijo de siete años está cerca y ve la conducta de su padre. Unos días más tarde, cuando hay invitados en casa, el hijo repite esas palabras de ira y vulgaridad. Los padres se quedan escandalizados y el padre dice a su esposa: «¿De dónde sacó esa suciedad? Debe de andar en malas compañías. Amor, vamos a tener que escoger sus amigos con más cuidado.»

Padres, debemos estar conscientes de nuestra importancia en esta transferencia de vida a nuestros hijos. La Biblia dice: «**Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él**» (Pr 22:6).

Entrenar es moldear

Entrenar significa mostrar al niño mediante el ejemplo y moldearlo. Es un proceso que dice: «**Sígueme, y haz lo hago.**» Hay una diferencia entre enseñar y entrenar. Si sólo le enseño a mi hijo los deberes o menesteres de la vida es posible que más adelante encuentre una enseñanza que sea más aceptable para él. Podría entonces rechazar mi enseñanza y seguir la de otro.

Entrenar es un proceso de formación. Cuando estuve con los paracaidistas del ejército pasé tres semanas aprendiendo a saltar. El instructor me enseñó y me entrenó para saltar de los aviones. Si sólo me hubiera enseñado, hubiera sido difícil para mí lanzarme al espacio. Pero fui entrenado para ser paracaidista.

Un soldado obedece a sus superiores; ellos le muestran el «cómo» y el «por qué». Cuando fue hora de lanzarme del avión por primera vez, lo hice. No tuve que pensarlo dos veces. Había sido entrenado para esos saltos.

Padres, entrenen a sus hijos con el «**hagan como yo**»; no les enseñen solamente. Como padres o tutores deseamos llevar a cabo una transferencia de vida saludable en nuestros hijos.



Las reglas de conducta

Las reglas para los niños tienen que ser precisas y fáciles de entender, y tienen que tener sentido. Los cuerpos legislativos pasan cientos de horas y muchos días formulando una ley. Prueban su justicia y claridad; la examinan a la luz del pueblo, si hay razón justificable. Solo entonces se convierte en ley y se pone en vigor.

Debemos mostrar la misma consideración hacia nuestros hijos; escuchemos su punto de vista. Motivado por esto establecí el *Concejo familiar*, una reunión semanal alrededor de la mesa. Como padre soy el presidente. Todos nos sentamos en círculo; discutimos las reglas, hablamos de las finanzas de la familia, decidimos sobre vacaciones, y asignamos los trabajos que cada cual debe hacer. Cualquier problema que tenga alguno de los niños lo puede presentar en esta reunión.

Este método de comunicación con los hijos les da a ellos la libertad de expresión, sin temor a ser «reprendidos» por los padres.

Recompensa por buena conducta

Algunos padres no elogian ni recompensan la buena conducta de sus hijos, por temor a que se vuelvan presuntuosos. A otros les preocupa que los hijos no los respeten. Es lo contrario; esto gana el respeto de los hijos.

Como adultos somos motivados hacia la buena conducta por el encomio y la recompensa en nuestro trabajo y en nuestra vida espiritual. Dios recompensa nuestra obediencia; por lo tanto, sigamos su ejemplo con nuestros hijos.

Los niños tienden a desanimarse fácilmente. Felicite a sus hijos por su buen trabajo y sus esfuerzos. No los recompense por belleza o inteligencia, ya que son características que no están bajo control del niño.

Si a un niño se lo alaba y recompensa por su belleza o inteligencia, reaccionará en alguna de estas formas: (1) se pondrá orgulloso y arrogante por su propia belleza o inteligencia y esto le impedirá desarrollar amistades sinceras; (2) se marginará porque piensa que no es lo suficiente bonito o inteligente... entonces ¿para qué esforzarse? (3) alterará la importancia de las cosas para llamar la atención con lenguaje ruidoso, vestido ostentoso, y conducta escandalosa.



La conducta está dentro del control del niño. Si mi hijo se viste atractivamente puedo elogiarlo, diciendo: «¡Que buen gusto tienes!» Cuando se esfuerza por sacar buenas notas en la escuela, debo celebrar su diligencia, pero no su inteligencia.

Haga cumplir las reglas

Un error frecuente de los padres es la inconsistencia en la disciplina. Esto es sencillamente exigir el cumplimiento de una regla un día e ignorarla al día siguiente. La inconsistencia engendra la amargura y el resentimiento en el niño. Se siente inseguro porque no sabe con qué contar.

Suponga que Juanito se porta mal y su padre le dice:

–Juan, pórtate bien o te doy una surra.

Juanito obedece hasta que su padre pone la atención en otra cosa y luego vuelve a su mal comportamiento.

El padre nuevamente le dice:

–Juan, es la última vez que te advierto.

Juanito se detiene una vez más, pero apenas su padre aleja la vista, comienza de nuevo. Su padre le dice:

–Juan, por última vez...

Esto puede continuar por largo rato hasta que el padre se cansa y se va o se enoja de tal manera que ataca a su hijo como un toro enfurecido. El castigo de Juanito es determinado por el estado de humor del padre y no conforme a una norma consistente. Es como jugar a la ruleta rusa con un revólver. Juanito no sabe cuándo se va a disparar el arma. Él cree que hay una bala en el revólver pero no está seguro de cuándo disparará.

Para evitar este problema se recomienda la regla de advertir una sola vez. El niño recibe una advertencia para



corregir su conducta. Si no se corrige él mismo, el padre inmediatamente lo corrige.

Hay que tratar equitativamente a un niño para que aprenda la justicia y la clemencia.

Sepa pedir perdón

Nuestra hija Joetta, de dos años de edad, estaba jugando en su dormitorio con Betsy, una niña vecina de cuatro años. Escuché una risita sospechosa y me fui a investigar.

Encontré rayas en las paredes del dormitorio y a Joetta con una crayola negra en la mano; sonreía nerviosamente.

–¡Joetta! ¿Tú hiciste eso? –pregunté.

–No, papi –dijo lloriqueando. Ella nunca me había mentido así que busqué más evidencias y le pregunté a Betsy:

–¿Fue Joetta que hizo esto?

Betsy movió su cabeza afirmativamente. Eso era todo lo que yo necesitaba. Un testigo ocular es una buena prueba en cualquier caso legal. Comencé a ejecutar la sentencia vigorosamente en sus asentaderas.

Cloetta, mi esposa, vino corriendo atraída por su llanto. Con mucha calma me preguntó:

–¿Por qué le pegaste a Joetta?

Le expliqué la evidencia y Cloetta me respondió:

–No es posible que ella lo haya hecho.

Tomando las manos de Joetta, midió su alcance con las marcas negras sobre la pared. Sus manos quedaron cuatro pulgadas más abajo de las marcas. Era demasiado pequeña para haberlo hecho. Para entonces Betsy comenzó a escurrirse en dirección a su casa.

Equivocadamente, yo había sentenciado y castigado a mi hija. ¿Qué hacer? ¿Cómo hacer las paces con ella? ¿Comprándole una muñeca, un triciclo o un juguete? No, yo había herido su pequeño espíritu. Los regalos no sanan esta clase de heridas.

«El ánimo del hombre soportará su enfermedad; mas ¿quién soportará el ánimo angustiado?» (Pr 18:14).

Dios me mostró lo que debía hacer con el espíritu herido de Joetta. Inmediatamente me arrodillé y le pedí perdón.

–Joetta, ¿me perdonas? Fui injusto contigo, querida. Lo siento. Por favor perdóname.

Esto era muy humillante para mí como padre, pero era necesario. Había lágrimas todavía en su carita. Me miró directamente a los ojos y me respondió:

–Está bien, papi... te perdono.

Su pequeño espíritu había sanado. Seis años más tarde, Joetta no tiene ninguna memoria de este incidente. Si la herida no hubiera sido sanada correctamente con el perdón, su comportamiento hubiera podido mostrar síntomas de rebelión e incapacidad de soportar y enfrentar efectivamente los problemas de todos los días.

Únicamente dos personas pueden sanar un espíritu herido. El que causó la herida (papá en este caso) y el otro más importante, nuestro Señor Jesús.

Si usted sabe de una lesión como ésta en su niño, que usted le pudo haber causado, cuanto antes use el perdón para sanar el espíritu. Esto podría cambiar el comportamiento de su hijo. Pídale al Señor Jesús que le ayude a sanar estas heridas del espíritu.

Corrección inmediata

La corrección inmediata por las infracciones es lo mejor. Un lapso de tiempo muy largo entre el mal comportamiento y la corrección es peligroso, por tres razones:

Justificación moral: el niño comenzará a justificar su comportamiento inmediatamente. Si pasa cierto tiempo se sentirá «inocente» cuando se le esté corrigiendo. En su mente, el padre se convierte en el malhechor y el niño es el mártir inocente que está siendo castigado injustamente.

Recuerdo distorsionado: al niño se le olvidan los detalles y la corrección del padre puede ser interpretada equivocadamente. Recuerde que como padres estamos moldeando actitudes que edificarán el espíritu y promoverán patrones correctos de conducta.

Un ambiente de temor: el miedo es un tormento. El miedo continuo destruye las células nerviosas y a menudo acaba en hipertensión, colapsos nerviosos y enfermedades. He visto a niños tan alterados por el temor y la ansiedad, que se enferman físicamente y vomitan.

Cuando el niño se porta mal, la madre dice: **«Espera que venga tu papá esta noche... te va a dar una buena paliza.»** El razonamiento de la madre es que si el niño se preocupa por lo que le viene en la noche, eso le ayudará para que no vuelva a portarse mal. Ella le hace daño usando el temor, la culpa y la ansiedad para corregirlo. Lo que debe hacer es corregir al niño inmediatamente para limpiar su conciencia y terminar con su sentido de culpa.

Escoja el método de disciplina

Un padre desarrolla odio, temor, inseguridad y rebelión en su hijo cuando no lo corrige, cuando lo corrige excesivamente, o cuando lo corrige impropriamente.

«La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre» (Pr 29:15).



«Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma» (Pr 29:15,17).

La corrección y la disciplina apropiada es una expresión de amor del padre hacia su hijo. Ame a su hijo lo suficientemente para disciplinarlo y corregirlo.

«El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige» (Pr 13:24).

La corrección del padre al hijo debe producir tres cosas: obediencia, respeto y responsabilidad, Examinemos varios métodos de corrección y determinemos cómo moldean la actitud del niño.

Pérdida de comunión («vete a tu cuarto»). Hay que evitar este método porque el niño desarrollará un espíritu de venganza contra sus padres. Cuando está solo en su cuarto, él piensa: *Uno de estos días me las pagarán.* El niño interpreta el castigo como rechazo.

Avergonzarlo en público (castigarlo en presencia de sus amigos). Este método también debe ser evitado. La humillación y la vergüenza hieren el espíritu y fomentan una voluntad rebelde y porfiada en el niño. El niño proferirá groserías contra el padre en un esfuerzo de recobrar su imagen pública.

Ponerlo en ridículo («eres tonto y perezoso»). Este es el peor método; pero el más usado por los padres. El niño está buscando una imagen de sí mismo que satisfaga su necesidad básica de identidad, amor y valía. El ridículo le da una imagen derrotada que no satisface sus necesidades básicas.

Recientemente invité a un niño vecino de diez años de edad que viniera a jugar con nosotros en el patio. Su respuesta fue: «Lo echaría a perder. Yo no puedo hacer nada bien; no les hago falta.» El niño tenía una imagen mezquina de sí mismo, probablemente alimentada por el ridículo que sufría en su casa.

Pérdida de amor de parte de los padres («papi y mami no me quieren si no soy buena»). Este método disciplinario no es aceptable. Enseña al niño a usar el amor para manipular a las personas. Un niño que es manejado restándole amor tiende a usar este mismo método cuando en edad adulta para obtener de su conyugue la respuesta que desea. El verdadero amor es bondadoso, paciente, no busca lo suyo, y nunca deja de ser (1 Cor 13:4-8).

Pérdida del amor de Dios («Dios no quiere a niños malos»). En momentos de desesperación los padres prueban cualquier cosa para hacer que un niño se porte bien. No use este método. Enséñeles a sus hijos que Dios siempre los ama y perdona. Los niños anhelan agradar a sus padres y a Dios. No motive el buen comportamiento usando temor al infierno o un sentido de culpa.

Hace años trabajé como oficial de tránsito. Un día una señora vino corriendo por la calle y detuvo al auto patrullero. Traía a rastras a un niño. Sus primeras palabras fueron: «Oficial, dígame a mi hijo que lo va a llevar a la cárcel si no obedece a su madre.» Miré al niño, que estaba aterrizado. Mi respuesta fue la siguiente: «Señora, nosotros no echamos a niños de cinco años en la cárcel. Usted necesita aprender a amar a este pequeño. Dele un buen ejemplo con su propia conducta.» Con una mirada de asombro la mujer se volvió y se fue por la calle tirando al pobre niño tras ella.

Amenazas y gritos («Si no te portas bien te voy a hundir la cabeza entre los hombros»). Las amenazas que tienen la intención de causar temor en el corazón del niño raramente dan resultado. Lo peor de todo es que las amenazas como éstas muestran la falta de madurez de los padres. Un niño escasamente respetará a un padre que lo amenaza y le grita para corregirlo.



Reprensión verbal («¡basta ya, niños!»). La regla de advertir una vez es muy efectiva. Un niño necesita saber qué conducta no es aceptable y que si continúa en ella será castigado inmediatamente. Cuando comprende estas dos cosas responderá rápidamente a la advertencia de su padre o madre.

Cuando un niño conoce los límites gana confianza en sí mismo. Yo he oído a cientos de niños decir: «Quisiera que mis padres me amaran lo suficientemente para decirme que no y decirlo en serio.» Los niños no son tontos. Tráteles como a seres humanos creados por Dios con inteligencia. Explíqueles los deberes y menesteres de la vida.

Lo que es obvio y común para usted bien pudiera ser ignorado por su hijo hasta que le explique los deberes y las consecuencias. Un padre que respeta a su hijo encontrará recíprocamente el respeto de su hijo. Usted es una persona importante. El también lo es. El niño se esforzará por mantener fluyendo la buena relación entre padre e hijo.

Pérdida de privilegios o derechos («no puedes montar tu bicicleta por dos horas»; «te quedarás en casa una hora»; «no puedes ir a la tienda por un día»). Estos son métodos prácticos y efectivos para moldear y formar el comportamiento y las actitudes. El problema que la mayoría tenemos es que exageramos el castigo. «No puedes salir por treinta días», no es bueno. Para el niño es como decirle una vida entera. Usted ha hecho un caso mayor de una ofensa menor.

Tenga clemencia en su juicio. Yo a menudo reduzco la sentencia si mi hijo acepta mi juicio con gracia. Recuerde que como padres estamos formando la actitud. No se trata de «aplastar» al niño. El propósito es desarrollar un flujo de amor, respeto y comunicación entre padre e hijo, una comunión que dure por años en el futuro.

Pérdidas de propiedad: si un niño intencionalmente rompe un juguete, el padre debe quitárselo. Hay que advertirle de que si abusa de lo que tiene, usted se lo quitará. Conforme el niño aprende a respetar y cuidar lo que es suyo, aprenderá a respetar la propiedad de los demás.

Castigo con vara en las asentaderas. El amor y la corrección van mano a mano.

«El que detiene el castigo (la vara), a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige» (Pr 13:24).

«La necesidad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él» (Pr 22:15).

Una vara es una rama o un palo delgado y largo. Creo que hay por lo menos dos razones por las que Dios quiere que usemos la vara y no las manos. El padre se calma mientras busca la vara, y usa las manos para acariciar, amar y dirigir al niño. No debe usar las manos para pegarle. Algunos dirán: «Voy a lastimarlo si lo castigo con vara.»

**«Aplica tu corazón a la enseñanza,
y a tus oídos las palabras de sabiduría.
No rehúses corregir al muchacho;
porque si lo castigas con vara no morirá.**

**Lo castigarás con vara,
y librarás su alma del Seol.”
Proverbios 23:12-14**

Los padres que no siguen la regla de advertir una sola vez y esperan hasta que estén enojados para castigar a sus hijos son los causantes de que tantos niños sufran de abuso y sean esionados por la ira de ellos.

Abra la Biblia y muestre estos versículos a su hijo antes de castigarlo (aunque tenga cuatro años y no sepa leer). Hágale entender que usted estaría desobedeciendo a Dios y causándole daño al niño si no lo castigara por su mal comportamiento, después de habérselo advertido.

Mi hijo Randy, de once años de edad, le dijo en cierta ocasión a una niña de ocho años que estaba tirada en el piso pateando en un arrebatado de mal genio:

«Mari, mejor levántate. Ve a decirles a tus padres que se consigan una vara y te saquen esa necesidad, para que tu alma no se vaya al infierno.»

Sorprendida, Mari dejó de gritar, se levantó, y se fue.

Muchos padres cristianos no han buscado las citas bíblicas que hablan de la disciplina de los hijos y no se las han mostrado a sus hijos.

¿Ha observado a algunos padres cuando uno de los niños se porta mal? El padre se queda allí sentado en el sillón, totalmente desinteresado, como si el rapaz no fuera su hijo. La madre se levanta e intenta corregir al niño, pero sin éxito, porque no tiene autoridad. No tiene autoridad porque el padre no asume su responsabilidad como cabeza del hogar que debe corregir y disciplinar. Las palabras de la madre son sólo consejos cuando el padre abandona su posición de gobierno.

La función que le corresponde al padre es la de encargarse físicamente de la mala conducta de los hijos. Padre, la próxima vez que su hijo se porte mal, levántese usted y ocúpese del niño. Deje que la mamá se quede sentada. Se dará cuenta de que el niño se portará mal menos, su esposa estará más descansada, y habrá mejor comunicación entre ustedes.

Expresé amor después del castigo

Muestre amor inmediatamente después del castigo. El niño necesita saber que usted no está enojado con él. La corrección adecuada habrá sacado la culpa de su espíritu. Muéstrelle que usted también le ha perdonado. Acéptelo de nuevo dentro del favor del círculo familiar. No vuelva a hablar de su mal comportamiento. La disciplina correcta limpia la conciencia del niño y trae paz a su mente. Muchos niños sienten tanta paz en su mente después de una zurra que caen en un sueño profundo y apacible.

Amor en tres ambitos

Expresé amor regularmente en estos tres ambitos:

Contacto físico. Tome al niño y siéntelo en su regazo, juegue con él, abrácelo y béselo. A menudo pregunto a las personas que vienen por consejo y que tienen problemas como adultos: «¿Su padre o su madre le demostró su amor?» La respuesta de la mayoría es: «No.»

Expresé amor con palabras. Julieta, una niña de doce años, había sido aprehendida otra vez huyendo con dos muchachos de dieciocho años. Porque soy abogado, y me especializo en relaciones familiares, la Corte Juvenil me nombró para que representara los intereses de Julieta. En la entrevista le pregunté:

–Julieta, ¿por qué permites que esos muchachos abusen de ti sexualmente?

Ella esperó un momento, y en medio de un mar de lágrimas, me respondió:

–Señor Keene, por lo menos ellos me toman en sus brazos y dicen que me aman.

–Pero ellos no lo dicen en serio, Julieta –le respondí–. Ellos no te aman. Sólo lo dicen para aprovecharse de ti.

Ella pensó por un momento y luego dijo:

–Sé que no lo dicen en serio; pero al menos me dicen que me quieren. Nunca nadie me lo ha dicho.

Quedé conmovido. Sin poder ocultar las lágrimas que llenaban mis ojos, oré: «**Oh, Señor, ayúdanos a amar a nuestros hijos.**»

Cuéntenles historias a sus hijos. Hablen abiertamente de los asuntos familiares. Cuando su hijo pida que juegue con él no se niegue. Deténgase en lo que está haciendo y juegue con su hijo.

Cuénteles a sus hijos acerca de su romance; cómo papá y mamá se conocieron y salieron juntos. Cuénteles la lucha de los primeros años; así sentirán que ustedes son personas.

Las actitudes. Debemos desarrollar actitudes de amor y afecto. Cuando usted entra en un hogar puede sentir si hay amor y afecto. Lamentablemente, en muchos hogares cristianos no hay un ambiente de amor.

Cuando no hay una corriente de amor entre el esposo y la esposa esto se refleja en la conducta de los hijos. Si para los padres el hogar es una estación de reaprovisionamiento de combustible, para tomar en vez de dar, los niños discernirán estas actitudes egoístas.

La actitud que se trasplanta de padre a hijo se lleva a cabo dentro del hogar. ¿Es usted egoísta e intolerante? ¿Tiene mal humor? ¿Es «acaparador» o «dador»? Lo que usted es será trasplantado a sus hijos.

Las actitudes de amor son fruto del Espíritu Santo. Pida a Dios que le ayude a desarrollar actitudes de amor y afecto, que el Espíritu Santo provea abundante fruto de amor en su hogar.

La provisión física

La fatiga es una de las mayores causas del colapso en las relaciones con Dios, con otros y consigo mismo. La fatiga y el agotamiento producen un sentimiento de indiferencia. Una dieta desordenada produce mala salud y fatiga. Alimente a su familia con frutas y verduras, pescado y carnes, pan moreno, y legumbres y descubrirá una mejoría en las relaciones familiares. Todos se llevarán mejor porque se sentirán mejor.

Estimule el ejercicio físico en la familia. Promueva también descanso adecuado. Dios descansó después del sexto día de trabajo. Usted también debe descansar. Dios está tan interesado en lo que la fatiga puede hacer en el colapso de las relaciones, que dio un mandamiento para que descansemos un día a la semana (vea Éxodo 20:8-10).

Los pequeños proyectos de trabajo también son importantes. Cuando Jorge le hace una casa al perro, mentalmente se verá construyendo una casa grande para gente en el futuro. Con pequeños proyectos de trabajo un niño vence la fatiga y aburrimiento.

Los súper sábados

Limite la televisión, la radio, los libros de historietas cómicas, la música ligera [y los juegos electrónicos]. No tenemos espacio para tratar este tema en su totalidad, excepto para decir que cuando usted limita a un niño en estas áreas, las debe sustituir con otras actividades.

Si limita y no sustituye tendrá a un niño aburrido y amargado. He aquí algunas cosas dignas de consideración: una noche en la biblioteca con la familia, un día en el zoológico, una noche para juegos con la familia o para contar historias. Pruebe la jardinería, paseos y caminatas para gozar de la naturaleza.

La sustitución más importante es lo que llamamos «súper sábados». Éste es el día cuando salgo con mi hija y paso todo el sábado por la mañana haciendo lo que nos gusta hacer juntos como padre e hija. Ella aprende cómo reciprocarse con su padre y yo aprendo a guardar mi relación con ella. Ella tiene a su padre todo para ella.

Al mismo tiempo, mi esposa pasa el «súper sábado» con nuestro hijo. El hijo aprende la forma de pensar y actuar de la mujer; aprende a relacionarse con las personas uno a uno. La próxima vez cambiamos. Yo llevo a nuestro hijo y mi esposa a nuestra hija.

Esto lo hacemos una vez al mes y es una de las actividades más provechosas que pueda recomendar, para empezar a edificar relaciones abiertas y libres entre los padres y los hijos. Usted se va a encontrar conversando con sus hijos con facilidad y con soltura sobre temas como Dios, Jesús, la escuela, los amigos, el sexo, el matrimonio, el Espíritu Santo, los hijos, los padres, etc.

Disciplina y amonestación del Señor

«Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor» (Ef 6:4).

La responsabilidad del padre consiste en que sus hijos crezcan en los caminos del Señor. Una noche Dios me reveló la seriedad del deber del padre cuando me dijeron que me mirara a mí mismo en el día del juicio. Lo hice y esto es lo que vi.

Estoy delante del Señor Jesús con una sonrisa en mi rostro, listo para recibir un cumplido de «Gracias por un trabajo bien hecho» y mis muchas recompensas espirituales. Rero en vez de eso, el Señor habla:

—Leonardo, ¿dónde está Randy?

—¿Randy, quién?, pregunto yo.

Sin titubeos el Señor dice:

—Randy, el hijo que te di en la tierra. ¿Dónde está?

Yo tartamudeo un poco... y le contesto:

—Señor, verás, es que Randy se volvió rebelde y se metió con drogas. En realidad, Señor, que huyó de casa. Pero, no te preocupes, yo continué con tu obra, salvando almas.

El Señor dijo:

—¿Dónde está Randy? Tú eres personalmente responsable delante de mí por la salvación de Randy. Yo te di este hijo. Tienes que darme cuentas por su vida espiritual.



Desde entonces he tenido una nueva conciencia de mi responsabilidad ante Dios de enseñarles y mostrarles a mis hijos los caminos del Señor. A propósito, Randy recibió su salvación cuando tenía cinco años de edad, su llamado para el ministerio a los ocho años, y a los nueve fue bautizado en el Espíritu Santo. Creemos que será diferente en el día del juicio de lo que vi.

Considere lo siguiente para enseñar a sus hijos los caminos del Señor.

Enseñe y entrene con su ejemplo. Como esposos no se envidien ni se provoquen entre sí. En vez de eso, ámense, den sin reserva, y perdónense el uno al otro.

Enseñe y entrene con su dirección en la oración, en la lectura de la Biblia, en la asistencia a la iglesia, y en cumplimiento de las promesas que hace a su familia. Si los padres no cumplen sus promesas es difícil que un niño crea que Dios no lo hará. Si papá y mamá no mienten, es posible creer que Dios tampoco miente.

Enseñe y entrene sin condenar. No exaspere a sus hijos, para que no se desanimen. Es fácil matar el espíritu y el deseo de vivir de un niño. Edifique su espíritu; no lo destruya.

Un compromiso personal con Jesucristo. No dependa de otra persona para llevar a su hijo a recibir a Cristo. Con la guía del Espíritu Santo, explique a su hijo el camino de la salvación. Dígame que puede obtener el amor, la naturaleza, la paz y la vida eterna de Dios, y pregúntele si quiere recibir a Jesucristo como Salvador y Señor de su vida. Si le dice que «sí» oren juntos.

Amado Señor Jesús, creo que eres el Hijo de Dios. Creo que moriste por mis pecados y que resucitaste de los muertos. Ahora mismo te invito para que entres en mi espíritu y en mi vida como Señor y Salvador. Renuncio al pecado y a Satanás. Estoy arrepentido de haber pecado. Cristo Jesús, te recibo ahora como mi Salvador y mi Señor. Amén.

Ponga en orden su relación de esposo/esposa; el marido como cabeza de la familia y Jesús como cabeza del marido. Participen en una iglesia que tenga un buen pastor; estudien la Biblia y permita que el Espíritu Santo les enseñe y aplique su sabiduría en su andar con Dios. Obedezca el plan de Dios y verán florecer la relación entre padres e hijos en algo verdaderamente hermoso.